

La Revolución mexicana: características esenciales y procesos definitorios

Javier Garciadiego

Historiador y profesor. El Colegio de México.

La Revolución mexicana fue un complejísimo proceso histórico que abarcó, durante sus años bélicos más dramáticos, el decenio de 1910 a 1920. Obviamente, esta no puede ser reducida a una prolongada contienda militar, pues fue un intenso período de cambios políticos, sociales, económicos, diplomáticos y culturales en la historia mexicana de principios del siglo xx, cuyas secuelas determinaron la evolución del país a lo largo de dicho siglo.

Para poder comprender sus rasgos esenciales es preciso analizar sus principales etapas. Aunque todo intento de periodizar cualquier proceso histórico es necesariamente artificial, el historiador está obligado a basarse en cambios incuestionables de la época objeto de estudio. En el caso de la Revolución, la que aventuro divide dicho proceso en diez etapas —estas podrían ser divididas en varias subetapas. Debe advertirse que no es igualmente precisa para las diferentes regiones del país. En efecto, la historia, ya sea como proceso o como conocimiento, se basa en dos coordenadas: tiempo y lugar, momento y espacio. Asimismo, el paso de una etapa a otra no es diferenciable gracias a cortes exactos; estas nacen en los períodos precedentes y se

prolongan en la siguiente, a través de un complejo sistema de continuidades y rupturas. Así, la Revolución emergió de la última fase del período histórico anterior —el porfiriato— que se prolongó de 1877 a mediados de 1911 aproximadamente, con muchas continuidades que trascienden esta última fecha. En efecto, desde los inicios del siglo xx fue perceptible que el régimen porfirista había entrado en una franca fase de decadencia, pues los problemas superaban los logros y avances; se multiplicaban y se hacían endémicos. La crisis abarcaba todos los aspectos de la vida nacional: la política y la economía, lo social, lo diplomático y hasta la cultura. En tanto crisis simultáneas, el declive del porfiriato era irremediable.

Oposicionistas y precursores

Comprendiblemente, la agudización de los problemas en todos estos aspectos dio lugar a la aparición y desarrollo de grupos y movimientos críticos y oposicionistas; algunos hasta han merecido el calificativo de precursores. Su surgimiento supuso un

cambio notable, pues hasta que terminó el siglo XIX, el régimen había gozado de un abrumador consenso político. Entre sus principales representantes se destacaron los círculos de liberales que al inicio del siglo XX intentaron organizarse políticamente con el objetivo de presionar con eficacia a Porfirio Díaz, para que aplicara los principios liberales del grupo por el que luchó, durante casi veinte años, al comenzar la segunda mitad del XIX. Se le pedía que pusiera en vigor los preceptos de laicidad a que lo obligaba la Constitución de 1857, y que su política fuera democrática, no autoritaria. Reclamaban la separación de poderes, libertad de expresión, autonomía municipal y contiendas electorales auténticas. A su radicalización se respondió con represión, por lo que varios de ellos optaron por el exilio.

La estancia en los Estados Unidos produjo importantes cambios en el grupo de liberales mexicanos exiliados. Para comenzar, hubo modificaciones en su liderazgo, que hasta entonces había recaído en Camilo Arriaga —sobrino del destacado constituyente de 1857, Ponciano Arriaga—, ingeniero de San Luis Potosí, con intereses en la minería y en la política. En el exilio se destacó inmediatamente Ricardo Flores Magón —oaxaqueño, cuyo padre había sido soldado juarista—, quien había abandonado los estudios de Jurisprudencia para dedicarse al periodismo de oposición, por lo que fundó y dirigió el célebre periódico *Regeneración* desde 1900. Por un tiempo se mantuvieron unidos, compartiendo los ideales liberales; todavía en 1906 hicieron el más completo análisis crítico del régimen porfirista y propusieron, como solución a los problemas del país, la reorganización del Partido Liberal, el que debía suceder a don Porfirio. Sin embargo, Ricardo Flores Magón y parte del grupo se radicalizaron como consecuencia de su nuevo contexto sociopolítico. En los Estados Unidos, país mucho más industrializado que México y con un notable número de inmigrantes, los magonistas habían entrado en contacto con el proletariado y harían alianzas con grupos socialistas y anarquistas. Sobre todo, sus lectores dejaron de ser los escasos sectores medios mexicanos interesados en la política y en asuntos judiciales. Ahora leerían *Regeneración* los habitantes del sur de los Estados Unidos, de origen mexicano, así como trabajadores inmigrantes, muchos de ellos con contactos en la región fronteriza, por ejemplo, en la población minera de Cananea, teatro de un cruento conflicto en ese 1906, que tuvo una incuestionable influencia política e ideológica del magonismo.

Inevitablemente, la represión en Cananea mermó la presencia magonista. De otra parte, sus llamados a la lucha armada —en 1906 y 1908— tuvieron poco eco.

La explicación es evidente: el país prefirió intentar primero solucionar sus problemas de manera pacífica, y a ello se avocó en las elecciones de 1910. En otras palabras: a pesar de haber sido el movimiento precursor más importante hasta 1908 aproximadamente, la radicalización del magonismo hizo que este perdiera influencia, al desvincularse del proceso sociopolítico mexicano.

El caso de los magonistas demuestra que los movimientos precursores más radicales no son siempre los más eficaces. Acaso el grupo opositorista más influyente fue el encabezado por el general Bernardo Reyes. Igual importancia tuvieron los movimientos electorales opositoristas de 1909 en varias regiones del país. El movimiento opositorista nació hacia 1903, aunque creció y se radicalizó entre 1908 y 1909. Su origen se encuentra en la decisión de Porfirio Díaz de contar con un vicepresidente del grupo contrario al reyismo dentro del aparato gubernamental porfirista, el de «Los Científicos». Dada la avanzada edad de Díaz, se suponía que el vicepresidente sería su sucesor al sobrevenir su deceso.

Todos los políticos y burócratas que simpatizaban con el general Reyes se desilusionaron de Díaz cuando tomó dicha decisión; al mismo tiempo, incrementaron sus críticas a los políticos del grupo «científico». Sin embargo, a principios de 1908, al conocerse la entrevista concedida por Díaz al periodista James Creelman, los reyesistas creyeron que en 1910 habría elecciones libres y que en ellas aquel no contendría, por lo que quedaron convencidos de que el general Reyes alcanzaría la silla presidencial. También percibieron la posibilidad de que Díaz eligiera a Reyes como su mancuerna electoral, o incluso que hubiera, aun participando Porfirio Díaz, dos fórmulas distintas para la vicepresidencia: una con Ramón Corral, otra con Reyes. Al hacerse evidente que Díaz no cumpliría lo expresado a Creelman, y que participaría en las elecciones de 1910, otra vez con Corral como compañero de fórmula, los reyesistas rompieron relaciones con él. Hasta entonces, el movimiento difícilmente podía considerarse como opositorista. Estaba compuesto por políticos, burócratas y militares que no buscaban mayores cambios gubernamentales, sino ser ellos los detentadores del poder. Dado que el general Reyes se negó a encabezarlos en un movimiento opositorista auténtico, muchos reyesistas desilusionados decidieron afiliarse a un movimiento que estaba emergiendo en la segunda mitad de 1909. Así, puede asegurarse que la importancia del reyismo radica en que, con su escisión, debilitó al aparato gubernamental porfirista. Además, su posterior incorporación al antirreeleccionismo no fue meramente numérica, sino que le aportó su prestigio y su experiencia política y administrativa.

Además del crecimiento y radicalización del reyismo, en 1909 hubo cuatro elecciones estatales muy competidas: en Sinaloa, Coahuila, Morelos y Yucatán. Dichas contiendas se caracterizaron por la inédita movilización social que provocaron. Asimismo, fueron experiencias valiosísimas para los comicios nacionales del año siguiente, auténticas «escuelas de cuadros políticos». Por último, dieron lugar al surgimiento y proyección de nuevas figuras políticas; acaso el principal ejemplo sea Venustiano Carranza, uno de los ex reyistas radicalizados, molesto porque el rompimiento de Reyes con Díaz impedía que él heredara la gubernatura de Coahuila. Otro ejemplo es José María Pino Suárez, muy activo en las elecciones yucatecas. Incluso un campesino de la villa de Ayala, del estado de Morelos, participó en las elecciones en contra del candidato de Díaz y de los hacendados: se llamaba Emiliano Zapata, y su politización fue fundamental para el proceso que pronto sacudiría el país.

El movimiento antirreeleccionista

El movimiento antirreeleccionista fue encabezado por un rico empresario —sobre todo hacendado algodonero—: el coahuilense Francisco I. Madero. Su experiencia política era, comprensiblemente, limitada. En 1904 y 1905 había formado parte de movimientos electorales opositoristas como mecenas, primero a nivel municipal —en San Pedro de las Colonias—, y luego de dimensión estatal. Sin embargo, la entrevista de Creelman, de principios de 1908, fue el pretexto ideal para que decidiera organizar un partido político de la sociedad civil, de alcance nacional, que interviniera en las próximas elecciones presidenciales. Para promover su idea escribió un libro, *La sucesión presidencial en 1910*. Luego realizó varias giras a distintas regiones del país: el oriente y el sureste; el occidente y el noroeste; el centro y el norte, y visitó las localidades principales. El objetivo era que se crearan clubes y asociaciones antirreeleccionistas en el mayor número de poblaciones del país, y que luego estas enviaran representantes a la convención constitutiva del Partido Nacional Antirreeleccionista, que tendría lugar en abril de 1910, en la ciudad de México.

La respuesta de las clases medias y los sectores populares urbanos sorprendió al gobierno de Díaz, que al principio menospreció el reto que pudiera significar el joven empresario Madero. Lo cierto es que, radicalizados y distantes los magonistas, y Reyes comisionado en Europa, Madero se convirtió, en 1910, en el único opositor de Porfirio Díaz. Más aún, durante sus giras por el país se dedicó a invitar a los reyistas radicalizados contra Díaz y «Los Científicos», quienes

se habían desilusionado de su ídolo anterior —el general Reyes—, para que se incorporaran al movimiento antirreeleccionista, el que, en pocos meses, aumentó notablemente su número de adeptos y su capacidad política.

Resulta evidente que Díaz enfrentó al nuevo reto electoral con una visión equivocada y con exceso de confianza, la que provenía de haber domeñado al que consideraba su mayor peligro: el general Reyes. Además, creía dominar plenamente la estrategia reeleccionista, pues ya la había puesto en práctica en seis ocasiones. Sin embargo, aquella contienda de 1910 tuvo varias características que la hicieron distinta. Para comenzar, la estructura gubernamental porfirista estaba escindida por primera vez; había quedado muy debilitada con la separación de los reyistas y, además, por primera vez enfrentaba a un grupo opositor auténtico; por último, la sociedad mexicana de entonces estaba más interesada en la política —por las represiones de Cananea y Río Blanco, las declaraciones a Creelman, los estentóreos conflictos entre Reyes y «Los Científicos», y las elecciones estatales de 1909—, lo que dio lugar a su activa participación en los comicios. El mayor error de Díaz consistió en no haber accedido a una negociación con el movimiento antirreeleccionista, que estaba dispuesto a aceptar otro período suyo a cambio de que se les concediera la vicepresidencia. En lugar de hacerlo, reprimió al antirreeleccionismo —el mismo Madero fue encarcelado— y se declaró victoriosa la mancuerna Díaz-Corral. Con ello, se cerró cualquier posibilidad de que se reformara pacíficamente el sistema político porfirista.

La lucha armada contra Díaz

El movimiento electoral antirreeleccionista, cabalmente pacífico, fue seguido por uno armado. Entre ambos hubo más diferencias que continuidades. Mediante el Plan de San Luis Potosí, Madero llamó a las armas a sus partidarios. Sin embargo, estos eran mayoritariamente de la clase media urbana, o miembros de la aún exigua clase trabajadora. Estos sectores sociales suelen ser muy útiles en procesos electorales, y los trabajadores organizan y sostienen movimientos huelguísticos, pero ninguno es adecuado para una insurrección armada. Al contrario, son grupos vulnerables a la represión, como lo demostró la familia Serdán, en Puebla. De hecho, el fracaso insurreccional de los Serdán fue muy publicitado por los periódicos afines al gobierno, para que sirviera de amedrentamiento a otros comprometidos con el alzamiento armado antirreeleccionista.

La estrategia gubernamental parecía haber sido exitosa, pues fueron pocos los levantamientos que tuvieron lugar el 20 de noviembre de 1910 y se concentraron en la región serrana de Chihuahua, aunque hubo algunos en la zona conocida como «la comarca lagunera», entre Coahuila y Durango, y unos más en el vecino estado de Sonora. Estas características prevalecerían por cerca de tres meses hasta que, ya iniciado 1911, se produjeron algunos brotes rebeldes en el distante sur, en los estados de Guerrero y Morelos. Además de que se pasó de un movimiento electoral de alcance nacional a uno armado, pero de dimensión más limitada, se transitó de un movimiento urbano a uno rural, cuando los elementos de clase media, que habían sostenido la lucha electoral, fueron sustituidos por grupos del sector popular rural. Comprensiblemente, estos eran portadores de otros reclamos, de banderas distintas. Sus demandas sociales y económicas rebasaban las políticas. Para colmo, sus vínculos con el líder Madero eran menores que los que tenían con él los viejos militantes antirreeleccionistas. Incluso podría cuestionarse si los elementos populares recién incorporados a la lucha eran auténticamente antirreeleccionistas. De allí, las malas relaciones que algunos tuvieron con el líder Madero; y también la prisa mostrada por este para lograr la disolución de dichas fuerzas a cambio de la renuncia del gobierno porfirista, lo que se hizo en las negociaciones de Ciudad Juárez, de mayo de 1911.

El interinato: breve pero decisivo

En las negociaciones de Ciudad Juárez se aceptó que, luego de las renuncias de Díaz y Corral, asumiría la presidencia, como lo disponía la Constitución de 1857, el secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra. Se acordó además que el ejército antirreeleccionista sería disuelto, conservándose solamente una cuarta parte de los alzados para formar nuevos «cuerpos rurales». El resto regresó a la vida privada, sin recibir retribuciones apreciables por haber participado en la lucha.

El objetivo del gobierno interino de León de la Barra era doble: organizar nuevas elecciones para legitimar el ascenso de Madero a la presidencia como candidato ganador y no como rebelde exitoso; pacificar al país, lo que se entendía como sinónimo de licenciar a las fuerzas rebeldes, por las que Madero sentía más desconfianza que aprecio.

Ninguno de los dos objetivos se cumpliría sin dificultades. Uno de los principales grupos rebeldes, el de los campesinos zapatistas, rechazó entregar sus armas sin previa devolución de las tierras que consideraban les habían sido usurpadas por los

hacendados vecinos. Por su negativa al forzado licenciamiento fueron declarados en rebeldía, y el gobierno de León de la Barra inició una campaña militar para batirlos. Los zapatistas asumieron que Madero estaba conforme con esa decisión, por lo que la alianza entre ellos se rompió para siempre. Respecto a las elecciones, este decidió transformar el Partido Nacional Antirreeleccionista —dado que ya no existía la posibilidad de reelección pues Díaz se encontraba en París— en el Partido Constitucional Progresista. Si bien su nombre reflejaba la ideología política maderista, consistente en hacer cambios dentro del orden legal, a partir de una interpretación reformista de la Constitución de 1857, lo cierto es que el Partido Nacional Antirreeleccionista representaba un movimiento que había logrado unificar a gran parte de la población del país. Además, era una institución carismática y triunfadora, aunque careciera de un programa de gobierno coherente, pues descansaba en un principio político muy simple: la eliminación de Porfirio Díaz. Pareciera que los antirreeleccionistas no entendían que la salida de Díaz era imprescindible, pero no suficiente, para impulsar las reformas que requería el país, al cual había que rehacer políticamente. Para colmo, para las elecciones de 1911 Madero decidió no tener como compañero en la vicepresidencia al doctor Francisco Vázquez Gómez, sino a José María Pino Suárez. El cambio no era meramente personal, implicaba el rompimiento de la alianza con los antiguos reyistas, que habría de resultarle muy costoso a Madero, pues no pudo construir un aparato gubernamental eficiente.

Gobierno democrático, pero débil

La presidencia de Madero duró dieciséis meses —de noviembre de 1911 a febrero de 1913— y durante ese período no gozó de un día de paz y tranquilidad. Además de fallido, su gobierno ha sido considerado inútil, alegándose que no se realizaron transformaciones sociales importantes y que los cambios se limitaron a la esfera política. Más aún, se ha asegurado que estos cambios se redujeron a la cúspide de la pirámide del poder, a la mera sustitución de Díaz por Madero.

Además de falsa, esta visión olvida que Madero buscaba cambios graduales, reformas amparadas en cambios legislativos. En realidad, la sustitución en la silla presidencial generó —con el efecto «bola de nieve»— el paulatino cambio de todo el aparato político porfiriano: gabinete, alta burocracia, gobernadores, jefes políticos y alcaldes. Con Madero se eligió una nueva legislatura nacional —la famosa XXVI— y todos los estados renovaron las suyas también. A través de estas

La Revolución mexicana no puede ser reducida a una prolongada contienda militar, pues fue un intenso período de cambios políticos, sociales, económicos, diplomáticos y culturales en la historia mexicana de principios del siglo xx, cuyas secuelas determinaron la evolución del país a lo largo de dicho siglo.

transformaciones llegó al poder la clase media, e incluso algunos líderes de los sectores populares que habían participado en la lucha contra Díaz, ya fuera en la etapa electoral, en el movimiento armado, o en ambos. Su origen social suponía una ideología distinta a la de los políticos porfiristas, lo que se confirmó con sus respectivos estilos de gobernar y con sus propuestas legislativas en materia agraria y laboral, todas ellas reformistas.

El mayor problema que tuvo el gobierno maderista fue, precisamente, su carácter reformista. Los cambios políticos significaron el desplazamiento de la oligarquía y las demás instancias de poder porfiristas, algunas de las cuales intentaron recuperar el dominio del país. A su vez, los sectores populares quedaron insatisfechos con lo gradual y moderado de las reformas propuestas, por lo que algunos de ellos tomaron las armas buscando instalar un gobierno más comprometido con las transformaciones sociales. De hecho, el gobierno de Madero padeció una constante y férrea oposición legal, en las cámaras y en la prensa, así como cuatro rebeliones armadas y un cuartelazo final, definitivo, que terminó prematuramente con su mandato.

Las rebeliones antimaderistas fueron de dos tipos: lideradas por miembros destacados de la élite política porfirista, o sostenidas por grupos populares que participaron en la lucha antiporfirista. Unos, inconformes por haber perdido el poder; otros, insatisfechos con la tibieza de las reformas maderistas o con lo parco de las retribuciones obtenidas luego de haber colaborado en la caída de Díaz. Las rebeliones iniciales fueron la reyista y la encabezada por Félix Díaz.

La primera tuvo lugar a finales de 1911, a escasas semanas de haber asumido Madero la presidencia. El general Reyes alegaba que se le había obstruido su candidatura en las elecciones de 1911, pero realmente reclamaba que Madero había ascendido en política usurpando un movimiento que era suyo. Sobre todo, Reyes estaba convencido de que, en ausencia de Díaz, solo a él le correspondía gobernar el país; que ningún otro personaje tenía sus méritos, su capacidad y su experiencia. Sin embargo, se equivocó al pensar que en 1911 conservaba la fuerza y el prestigio político que había alcanzado en 1908, sin darse cuenta de que

muchísimos reyistas se habían vuelto antirreeleccionistas, y que con este movimiento habían alcanzado el poder, que era su principal objetivo. En términos estratégicos, también erró al organizar una rebelión desde la frontera noreste del país, a más de mil kilómetros de la capital. Por otra parte, no contaba con el apoyo del sector campesino y había perdido el favor de las clases medias, que se lo habían otorgado en 1908, por la crisis económica, como alternativa pacífica a «Los Científicos», responsables de la política económica nacional. En pocos días, Reyes comprendió que tampoco recibiría el apoyo del ejército profesional, corporación poco dispuesta a involucrarse en una rebelión distante de la sede de los poderes. Solo, sin respaldo alguno, pronto terminó por entregarse a las autoridades en la población de Linares, y fue encarcelado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco.

La rebelión oligárquica de Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, se produjo en octubre de 1912, en el puerto de Veracruz. A casi un año de haber asumido el poder, el desprestigio de Madero como gobernante era mayúsculo. Sin embargo, esto no generó muchos simpatizantes para el alzamiento, pues el descrédito de Félix Díaz era aún mayor. Rechazado por «Los Científicos» y despreciado en el Ejército Federal, pues sus ascensos los había conseguido por su apellido, su rebelión tampoco encontró respaldo alguno. Para colmo, Veracruz era una plaza útil para hacerse de recursos económicos y comerciales, pero militarmente solo tenía una opción para asaltar la ciudad de México: el ferrocarril que la unía con la capital, vía que podía ser utilizada en sentido inverso, como sucedió. A las dos semanas, Félix Díaz fue vencido y trasladado a una cárcel capitalina.

Los levantamientos de origen popular tuvieron otra naturaleza y otros objetivos. El primero en estallar fue el dirigido por Emiliano Zapata a finales de noviembre de 1911 —el mismo mes en que Madero asumió la presidencia— y amparado en el Plan de Ayala. Su escenario fue el estado de Morelos y las regiones vecinas, como Guerrero, Puebla, el estado de México e incluso el Distrito Federal. Su objetivo era doble: derrocar al gobierno maderista, finalmente encabezado por un hacendado, y recuperar sus tierras y las facultades

políticas de sus instituciones y autoridades tradicionales. Sin embargo, su capacidad militar era muy reducida: además de no contar con armas y municiones suficientes, el Ejército Libertador del Sur consistía en la ocasional suma de las pequeñas unidades defensivas que tenían todos los pueblos campesinos del centro y sur de México. Sin embargo, tenía gran fuerza política e ideológica, que provenía de la justicia de su causa.

Otro caso fue la rebelión orozquista —por Pascual Orozco, máximo héroe de la lucha armada contra Díaz—, que goza de menor prestigio histórico, aunque dispuso de mayor fuerza militar. Estalló entre marzo y abril de 1912 y durante unos meses llegó a controlar todo el estado de Chihuahua, además de contar con apreciable presencia en otras regiones del norte, especialmente en «la comarca lagunera», entre Coahuila y Durango. A diferencia de los zapatistas, los orozquistas disponían de la frontera para obtener armas y municiones. Además, el suyo era un ejército que se estructuró a partir de la organización que tuvo en 1910 y 1911: de hecho, algunos se habían mantenido agrupados y armados, como miembros de los «cuerpos rurales» posrevolucionarios. Su experiencia y capacidad militares eran indiscutibles. Dado que los orozquistas no eran homogéneamente campesinos —había vaqueros, mineros y ferrocarrileros—, lo que se demuestra con la variedad y complejidad de sus demandas, planteadas en el Plan de la Empacadora, su ejército no era meramente defensivo y podía emprender campañas distantes y prolongadas.

Para enfrentar el enorme reto en que amenazaba convertirse la rebelión orozquista, el gobierno encomendó la campaña, después de varios desastrosos iniciales, a uno de los militares profesionales más probados y capaces: Victoriano Huerta. Se le dieron grandes recursos económicos y se le puso al frente de numerosos combatientes y de una nueva oficialidad. También el gobierno apeló a los «cuerpos rurales» que habían permanecido leales, y a las fuerzas «irregulares» que organizaron varios gobernadores norteros con veteranos de la lucha antiporfirista de 1910. Gracias a esta extraña alianza se pudo vencer al orozquismo, ya bien entrada la segunda mitad de 1912. Sin embargo, sus secuelas fueron gravísimas: el Ejército Federal recuperó su confianza y quedó muy fortalecido en elementos materiales y humanos; sobre todo, adquirió un nuevo líder, un nuevo jefe natural, el general Huerta. De otra parte, los «rurales» posrevolucionarios y los «irregulares» que lucharon contra el orozquismo, como Álvaro Obregón y Francisco Villa, también quedaron debidamente organizados. Ambos grupos serían los principales actores de la siguiente etapa de la Revolución mexicana.

Para que esta se iniciara tuvo que producirse el derrocamiento de Madero, que luego de derrotar cuatro rebeliones fue vencido por un cuartelazo. Organizado por Bernardo Reyes y Félix Díaz, en esta ocasión —febrero de 1913— ubicaron su lucha en el sitio geográfico adecuado: la propia ciudad de México. Sin embargo, Reyes murió al inicio de la intentona y Félix Díaz quedó sitiado en La Ciudadela, sin mayor respaldo del Ejército Federal. La situación cambió cuando Huerta traicionó a Madero y tomó el liderazgo del golpe de Estado. Este sí recibió el respaldo de los militares y, con Félix Díaz, propuso un gobierno que incluyera a casi todos los grupos políticos y económicos antimaderistas. Su arribo al poder fue un auténtico parteaguas en el proceso revolucionario. Algunos creyeron que este había llegado a su fin; lo cierto es que resurgiría inmediatamente, con mucho mayor ímpetu.

La Revolución se generaliza y radicaliza

La etapa de la lucha contra Huerta abarcó de marzo de 1913 a agosto de 1914, y se desarrolló, sobre todo, en dos escenarios: el norte del país, casi completo, y el estado de Morelos y regiones vecinas. Sus actores más destacados fueron tres grupos norteros y el ejército zapatista. El primero fue el grupo del noreste, con su base principal en Coahuila. Estuvo encabezado por el gobernador Venustiano Carranza, muy experimentado en política por su adscripción al reyismo local, pero quien, a diferencia de Madero, no pertenecía a la élite económica regional. Los lugartenientes fundamentales en su rebelión fueron los mismos que colaboraban en su gobierno. Los soldados eran rancheros, mineros, ferrocarrileros, vaqueros, y simples vecinos de los pueblos, muchos de los cuales habían luchado como «rurales» o como «irregulares» contra el orozquismo, entre ellos sobresalía Pablo González. La aportación de Carranza al movimiento fue clave: le dio un liderazgo experimentado y fijó sus objetivos y procedimientos de lucha, a través del Plan de Guadalupe. Más aún, la participación de los políticos y burócratas de Coahuila y otros estados del noreste permitió que se gobernaran adecuadamente los territorios que se iban liberando y, sobre todo, posibilitó la conversión del movimiento en gobierno una vez terminada la lucha.

En Sonora —y Sinaloa— la lucha fue encabezada por miembros de la clase media —rancheros, comerciantes, empleados— que habían accedido a puestos políticos medianos a la caída del régimen porfirista. Sus nombres son conocidos: Álvaro Obregón, Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles, Benjamín Hill, Salvador Alvarado y Manuel Diéguez, entre muchos otros. Sus soldados eran similares a los

del noreste, aunque los diferenciaba una particularidad: la notable participación de miembros de las tribus indígenas yaqui y mayo. Su experiencia también era distinta a la de los coahuilenses: en lugar de antecedentes políticos, muchos revolucionarios sonorenses habían intervenido en la lucha obrera de Cananea o tenían viejas relaciones de colaboración con alguno de los elementos indígenas de la entidad.

La lucha en Chihuahua también tuvo sus peculiaridades: no fue encabezada por miembro alguno del aparato político estatal, sino por Francisco Villa, proveniente del sector popular, con antecedentes laborales múltiples, aunque también delincuenciales, y veterano de la lucha contra Díaz y contra el orozquismo. Obviamente, carecía de experiencia gubernativa, pero le aportó al movimiento su destreza militar y le permitió tener atractivo popular. En resumen, el movimiento norteño que peleó contra Huerta tenía orígenes más populares que el que luchó contra el porfiriato un par de años antes. No solo fue más complejo socialmente; también tuvo una mayor extensión geográfica, dimensión que se fue ampliando al paso de los meses, sobre todo cuando los dos primeros ejércitos ocuparon el centro de México a mediados de 1914, proceso que supuso, por un lado, el desmantelamiento de los aparatos de poder estatales del huertismo, y la lucha contra los hacendados y empresarios locales, y por el otro, la alianza de los militares norteños con los políticos antihuertistas de cada entidad, así como con sus sectores populares.

El proceso en Morelos y estados vecinos no fue menos importante y dramático. Si bien los zapatistas no llegaron a poner en peligro al gobierno huertista, lo obligaron a mantener en esa zona un crecido número de soldados. Además, el zapatismo radicalizó sus posiciones agraristas, lo que hizo que la mayoría de los hacendados abandonara la región. El zapatismo —al igual que el villismo— demostró que la Revolución no era solo una lucha contra el gobierno y el ejército huertistas sino también contra las oligarquías regionales. En esto radica su significación histórica: en haber introducido el reclamo agrario a una lucha que había comenzado con objetivos políticos básicamente.

La guerra de facciones

Los ejércitos revolucionarios del noreste y el noroeste ocuparon la ciudad de México en agosto de 1914. Villa había tenido que permanecer en el norte, dominando un amplio territorio entre Zacatecas y Chihuahua, por los obstáculos que le impuso Carranza. De hecho, las enormes diferencias sociales que había entre este y Villa se manifestaron política e ideológicamente, lo que

provocó varias discordancias graves entre ellos. Para evitar su escisión, se pactó en Torreón, a principios de julio, que se convocaría a una reunión de generales tan pronto se ocupara la ciudad de México, para resolver las divergencias surgidas entre los revolucionarios y proponer las reformas sociales y políticas que requería el país.

La junta de generales se convocó para principios de octubre, pero solo con miembros del Ejército Constitucionalista, lo que excluía a los zapatistas. Para colmo, los villistas se negaron a asistir, alegando que no había equidad en la reunión, pues la ciudad de México era un territorio dominado por los carrancistas. Como se hizo evidente que era inútil reunirse para resolver los problemas con los villistas sin la presencia de estos, los asistentes acordaron trasladarse a Aguascalientes, ciudad equidistante entre las sedes de ambos ejércitos. Conforme pasaron los días, arribaron al lugar muchos delegados villistas, e incluso llegaron a convertirse en mayoría. Alegándose que una reunión de revolucionarios que no incluyera a los zapatistas estaría incompleta, se acordó que se les invitara. Los carrancistas, considerando que se violaba el acuerdo original que daba lugar a esa reunión —los pactos de Torreón—, y ante la amenaza de quedar en minoría ante la inminente alianza entre villistas y zapatistas, optaron por retirarse. Si bien es cierto que una reunión sin villistas ni zapatistas era poco representativa de la complejidad social e ideológica de los sectores revolucionarios, igualmente una asamblea sin los carrancistas, y luego sin los sonorenses, estaba condenada al fracaso.

La junta de generales se transformó en Soberana Convención, asumió el mando supremo de la Revolución y desconoció la autoridad de Carranza. Así, una reunión que se diseñó para resolver las diferencias entre los revolucionarios norteños pasó a plantearse como alternativa a la conducción acordada en el Plan de Guadalupe. Además de los villistas, algunos constitucionalistas, como Lucio Blanco y Eulalio Gutiérrez, creyeron temporalmente en esta opción. Los zapatistas, que nunca habían sido parte del Ejército Constitucionalista, comprensiblemente aceptaron formar parte del gobierno convencionista, con el Plan de Ayala como directriz de su política agraria. Ante las amenazas de la Convención, que lo declaró rebelde, Carranza se instaló en Veracruz a finales de noviembre, y días después la ciudad de México fue ocupada por las fuerzas de la Convención —léase villistas y zapatistas. Los caudillos Villa y Zapata se comprometieron en Xochimilco a una alianza política y militar.

La guerra entre las facciones revolucionarias tuvo su mayor intensidad durante la primera mitad de 1915. Contra los pronósticos de muchos analistas, no solo triunfó el Ejército Constitucionalista, sino que lo hizo

de forma rápida y contundente. El resultado del conflicto tiene explicaciones políticas, militares, económicas y sociales. En términos políticos, lo primero que debe considerarse es que la facción constitucionalista no solo mantuvo su integridad original, sino que constantemente se le fueron agregando contingentes; en cambio, la convencionista padeció un proceso de disolución continua, comenzando con los seguidores de Eulalio Gutiérrez, en el mismo enero de 1915. De igual importancia fue que mientras los dos grandes contingentes constitucionalistas, los ejércitos del noreste, encabezados por Pablo González, y del noroeste, bajo el mando de Obregón, sí colaboraron en la campaña militar, los zapatistas, a pesar de lo pactado en Xochimilco, no cooperaron con los villistas en la lucha, sino que prefirieron permanecer en Morelos para realizar la reforma agraria local. Por último, en tanto los constitucionalistas tuvieron un liderazgo único e incontrovertible, en el bando convencionista compartían el mando los caudillos Villa y Zapata, siempre por encima de los encargados formales de la presidencia: Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro, presionados también por algunos protagónicos delegados a la asamblea convencionista, como Antonio Díaz Soto y Gama, o por algunos ministros de sus gabinetes.

Las razones militares del triunfo constitucionalista parten de una estratégica calendarización de su lucha, pues decidieron concentrar todos sus hombres y pertrechos en combatir a los villistas, sabedores de que los zapatistas no participarían en la contienda a menos que se hiciera una incursión en contra del estado de Morelos, la que atinadamente pospusieron hasta después de la derrota del villismo. Así, el ejército de Pancho Villa tuvo que enfrentar a solas a los dos ejércitos constitucionalistas. Peor aún, lo tuvo que hacer dividiendo sus fuerzas en al menos cuatro contingentes, pues la guerra de facciones se desarrolló en cuatro escenarios: el Ébano, punto de entrada a la región petrolera; el noreste, pues los constitucionalistas buscaban recuperar su propia región; el occidente, donde fue vencido Rodolfo Fierro y, sobre todo, el Bajío, al mando directo del propio Villa. Incluso podría decirse que hubo un quinto lugar de lucha, Sonora, donde los aliados locales de Villa, encabezados por el ex gobernador maderista José María Maytorena, también fueron vencidos. Los argumentos sobre las condiciones orográficas del terreno en que se combatió y del uso de las trincheras y los alambres de púas no pueden ser minimizados, pero tampoco exagerados; además, solo se aplicarían a los combates del Bajío —en concreto a las batallas de Celaya—, los más importantes, pero no los únicos, de la guerra de facciones.

Otro factor decisivo fue el de las armas: hasta entonces, Villa había dispuesto del mercado norteamericano, donde compraba armas y municiones y vendía productos —sobre todo ganado— expropiados a la oligarquía nortea. Sin embargo, con el estallido de la Primera guerra mundial, en agosto de 1914, los Estados Unidos prometieron toda su producción bélica a los países aliados europeos. Así, para la guerra contra el constitucionalismo, Villa solo dispondría de armas viejas o usadas, o del mercado clandestino, necesariamente más caro. Al mismo tiempo, descubrió que se había agotado el ganado expropiable. En cambio, dado que los constitucionalistas llegaron primero a la ciudad de México, dispusieron de la industria bélica instalada por Porfirio Díaz y luego modernizada por Huerta, y la trasladaron a Veracruz para que les fuera de utilidad en la lucha contra los convencionistas.

El agotamiento de los productos confiscables no fue el único problema económico que enfrentó Villa. Al dominar la ciudad de México, daba la impresión de que iba triunfando en la contienda. Sin embargo, había que alimentar a su casi millón de habitantes en un momento en que la producción agropecuaria estaba muy disminuida por la violencia que el país había padecido durante varios años. Los terrenos sometidos por los convencionistas, ya fueran Chihuahua, «la comarca lagunera» o Morelos, eran los más devastados. Los constitucionalistas, en cambio, no cargaban esa responsabilidad, y al asentarse en Veracruz pasaron a controlar la región productora de petróleo, lo que sería estratégico para las flotas inglesa y norteamericana involucradas en la Primera guerra mundial.

También debe tomarse en cuenta el factor social: desde que descendieron al centro del país y ocuparon la ciudad de México, y luego al trasladarse a Veracruz, los constitucionalistas establecieron importantes pactos con las clases medias, los trabajadores e incluso con los campesinos. Al efecto, no olvidar la ley agraria de 6 de enero de 1915, que entre otros objetivos buscaba sustraerle al zapatismo el apoyo de los campesinos del centro y sur del país. Recuérdese también el pacto con las principales organizaciones obreras al mes siguiente, el que incluso condujo a la creación de los «batallones rojos». Desde Veracruz, los constitucionalistas se lanzaron a la conquista del sureste —Yucatán y Chiapas, y luego hasta Oaxaca—, donde fijaron pactos con los numerosísimos contingentes indígenas. Era evidente que su proyecto tenía un alcance nacional y pluriclasista. En cambio, los convencionistas eran, en realidad, dos movimientos de índole regional, y distantes el uno del otro. Esta era su situación al término de la fase más violenta de la guerra de facciones.

Desde los inicios del siglo xx fue perceptible que el régimen porfirista había entrado en una franca fase de decadencia, pues los problemas superaban los logros y avances; se multiplicaban y se hacían endémicos. La crisis abarcaba todos los aspectos de la vida nacional: la política y la economía, lo social, lo diplomático y hasta la cultura.

Triunfo y proyecto constitucionalistas

El triunfo de los constitucionalistas sobre los villistas no supuso el establecimiento de la paz ni el fin de los grandes problemas que aquejaban al país desde finales de 1910. Para comenzar, debían transformarse de ejército rebelde a gobierno. El proceso no podía ser fácil. Incluso, desde principios de 1916 estalló un grave conflicto diplomático-militar. Luego de que Villa atacó la pequeña población norteamericana de Columbus, los Estados Unidos enviaron la Expedición Punitiva a combatirlo, que permaneció en territorio mexicano de marzo de 1916 a principios de 1917. El gobierno de Washington alegó que no se trataba de una guerra contra México, sino de una incursión militar limitada territorialmente y con un objetivo concreto: castigar a Villa, argumento similar al usado en 1914, cuando ocuparon el puerto de Veracruz para impedir que le llegara a Huerta un gran cargamento de armas. Al margen de que la invasión estuviera limitada a perseguir a Villa, puso al gobierno de Carranza en un triple predicamento: tenía que protestar contra Washington para que no se desplomara su prestigio ante la opinión pública mexicana, la que, de no hacerlo, le reclamaría su falta de patriotismo; por otro lado, su protesta no debía ser tan airada como para agravar el problema diplomático entre ambos gobiernos; y, por último, debía combatir duramente al villismo, hasta dominar la zona fronteriza e impedir nuevas incursiones suyas al territorio norteamericano, lo que, de otra parte, obligó a posponer, por segunda ocasión, la campaña contra los zapatistas y contra otros rebeldes que operaban en diversas regiones del país.

Convertirse en gobierno no era suficiente. Dado que la bandera original de su lucha había sido combatir a Huerta hasta restablecer el pleno ejercicio de la Constitución de 1857 —de ahí el nombre de Ejército Constitucionalista—, Carranza debía proceder a la plena restauración de la legalidad. Sin embargo, estaba consciente de que dicha Constitución nunca había sido adecuada para el país y, además, ya era anacrónica. Por eso convocó, para finales de 1916, a un Congreso Constituyente, no para que la reformara, sino para que

redactara una nueva, basada en la anterior y en las novedosas disposiciones decretadas desde el inicio de la lucha constitucionalista, agregando cualquier propuesta útil de algún otro grupo revolucionario, magonistas, maderistas o convencionistas.

A diferencia de los delegados a la asamblea convencionista, cuya cifra dependía del número de generales que alegaba tener el ejército que los enviaba y del tamaño de la tropa que decía tener cada general, los diputados al Congreso Constituyente, que sesionaría en Querétaro en diciembre de 1916 y enero de 1917, debían ser electos. Esta condición impuso una transformación fundamental: si las guerras contra Porfirio Díaz, Victoriano Huerta y la facción convencionista habían sido hechas por ejércitos contruidos sobre la base de campesinos, quienes no tenían el perfil adecuado para competir electoralmente y para actuar luego como legisladores. Los diputados constituyentes —218 en total— procedían, en su mayoría, de la administración carrancista y de los aparatos gubernamentales estatales. Había abogados, profesores, periodistas, ingenieros, médicos y algunos líderes sindicales; también hubo algunos militares en retiro. En síntesis, si la Revolución la habían hecho grupos rurales populares, el diseño del nuevo Estado fue realizado por clases medias urbanas revolucionarias.

Asimismo, dado que el número de diputados por cada entidad dependía del tamaño de su población, puede decirse que mientras la Revolución fue hecha por campesinos procedentes de Chihuahua, Sonora, Durango, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y Morelos, el nuevo Estado fue diseñado, sobre todo, por gente procedente de las entidades más pobladas, al margen de la intensidad de su participación en la lucha. Entre las que enviaron más representantes se destacan el estado de México (12), Guanajuato (19), Jalisco (21), Michoacán (16), Puebla (18) y Veracruz (18), además del propio Distrito Federal (14).

Estas características dieron a la nueva Constitución una gran legitimidad, pues contaba con la mayor representatividad social y geográfica posible. Ciertamente es que debía ser elaborada por los propios

constitucionalistas, pues fueron expresamente vetados todos los enemigos de esta facción. Sin embargo, la alianza constitucionalista era compleja y heterogénea, diversidad que se acentuó con la participación de diputados de todas las regiones del país. Aun así, si bien hubo grandes controversias en los temas educativo y religioso, la mayor parte de los artículos fueron votados por gran mayoría, y en varios casos incluso por unanimidad. La Constitución de 1917 reflejó adecuadamente la ideología que se había venido expresando y decantando desde las propuestas de los críticos del porfiriato: avalaba la reforma agraria y salvaguardaba los derechos de los trabajadores; era nacionalista, en cierto grado jacobina, y proponía la construcción de un gran aparato estatal con facultades para intervenir en los asuntos económicos, religiosos y educativos. Si bien no era una Constitución coherente en términos doctrinales, era un documento apropiado para la complejidad de México y para el grado de evolución histórica que había alcanzado.

Límites del carrancismo

La promulgación de la Constitución de 1917 no acabó con los grandes problemas que asolaban al país. Para comenzar, en términos políticos impuso dos retos mayúsculos. El primero consistía en que debía reconstruirse todo el aparato político, pues ahora debía ser constituido por autoridades electas, desde el presidente del país hasta los presidentes municipales, pasando por los gobernadores, senadores y diputados, tanto federales como locales. Dos dificultades suponía este proceso: una, el país carecía de experiencia electoral y de instituciones partidistas; dos, los militares no entregarían fácilmente el poder a las nuevas autoridades civiles electas. Por si esto fuera poco, la nueva Constitución garantizaba la práctica de inéditas —u olvidadas— costumbres políticas, como la libertad de prensa y la sindical.

Los retos no se limitaban al ámbito político. En lo militar, el presidente Carranza dispuso la continuación de la lucha contra los villistas y el inicio de la campaña contra los zapatistas. También tenía que combatirse a varios ejércitos tipificables como contrarrevolucionarios, desde las fuerzas encabezadas por Manuel Peláez en la región petrolera, hasta las de Félix Díaz que obraban en Veracruz, pasando por los ejércitos de los finqueros chiapanecos y de los «soberanistas» oaxaqueños. Para colmo, eran varios los grupos de bandoleros que operaban en diversas regiones del país, destacando el del michoacano José Inés Chávez García. Las dificultades militares se agravaron, pues los Estados

Unidos ingresaron a la Primera guerra mundial a principios de 1917, por lo que suspendieron la venta de armas y municiones a gobiernos no aliados, como era el caso del mexicano.

La Primera guerra mundial tuvo otras repercusiones en México. En cuestiones diplomáticas, el gobierno de Washington presionó al de Carranza para que participara en la contienda apoyando a los Estados Unidos. Su respuesta fue precisa y definitiva: México se mantendría neutral. La relación se complicó, pues Alemania ofreció apoyo a México para que intentara recuperar los territorios perdidos en 1848. El objetivo era obvio: provocar un conflicto con los Estados Unidos para que tuviera que mantener su ejército en territorio mexicano, en lugar de enviarlo a Europa. También hubo consecuencias económicas, pues los países europeos no pudieron invertir ni comerciar con México; lo mismo pasó con los Estados Unidos, que enviaban sus excedentes agrícolas a las naciones europeas aliadas, a pesar de que en México se enfrentaban condiciones de hambruna. La economía mexicana reflejaba los siete años de violencia continua, muchos campos de producción agropecuaria estaban devastados, el sistema ferroviario había quedado seriamente dañado y buena parte de la fuerza de trabajo había muerto o migrado, o se había incorporado a alguno de los muchos ejércitos en pugna.

La mayor limitación del gobierno de Carranza fue de tipo social. En lugar de integrar a los villistas y a los zapatistas a las instancias de poder locales, o más aún, otorgarles concesiones sociales generosas, se les combatió con las armas en forma severa y perpetua. Evidentemente, se padecería una constante y grave inestabilidad mientras no se modificara dicha estrategia represiva. Para desgracia del grupo carrancista, todos estos problemas eran coetáneos y ninguno había sido resuelto antes de 1920, año de elecciones presidenciales.

La sucesión presidencial de 1920 fue el último de los problemas de Carranza, pues no había sido capaz de construir una institución política de alcance nacional que hiciera contrapeso al Ejército Nacional —antes Constitucionalista—, y tampoco de preparar un sucesor adecuado. Carranza había decidido que ningún militar lo sucediera: Pablo González, porque carecía de prestigio y de capacidad, y Álvaro Obregón defendía un proyecto gubernamental diferente al suyo; además, no le tenía confianza política. El sector civilista de los colaboradores de Carranza tampoco contaba con un candidato adecuado, por lo que Carranza tuvo que optar por Ignacio Bonillas, su embajador en Washington, y quien compartía sus principios de política exterior, asunto que Carranza valoraba en grado sumo. El problema radicaba en que Bonillas era poco conocido en México, por lo que el equipo carrancista acordó

Javier Garcíadiego

respaldar abiertamente su campaña. El grupo político que apoyaba al candidato independiente, Álvaro Obregón, resolvió que lo indicado era rebelarse contra el gobierno, antes de ser víctimas de una imposición.

Nuevo gobierno, nuevo Estado

La revuelta de Agua Prieta, de abril y mayo de 1920, se caracterizó por sus escasísimas acciones militares y por sus rotundas consecuencias sociopolíticas. Con ella llegaron al poder los revolucionarios sonorenses y sus aliados, con Álvaro Obregón, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles a la cabeza del movimiento. La revuelta aguaprietista tuvo un claro carácter unificador, pues permitió la incorporación al nuevo gobierno de revolucionarios de clase media contrarios al carrancismo, como Saturnino Cedillo, Antonio Díaz Soto y Gama, Antonio I. Villarreal o José Vasconcelos. Además, a diferencia de Carranza, los revolucionarios aguaprietistas sí estaban dispuestos a integrar a los villistas y los zapatistas en puestos locales de poder, e igualmente, a hacer concesiones sociales a los sectores populares, tanto urbanos como rurales. Se aceptaría su incorporación

y se les otorgarían apreciables mejoras sociales a cambio de que reconocieran y defendieran al nuevo gobierno, como fue el caso del pacto entre este y la principal central obrera del país, la Confederación Regional Obrera Mexicana, o la fundación del Partido Nacional Agrarista, que institucionalizaría el reclamo por la tierra. Su capacidad de establecer pactos sociales era mucho mayor que la del gobierno carrancista. Para 1920, había aumentado enormemente la capacidad política de los revolucionarios sonorenses y sus aliados, de orígenes sociales más populares y menos vinculados con el «antiguo régimen» que quienes hasta entonces habían encabezado el movimiento revolucionario, ya fuera Madero o Carranza. Además, controlaban el Ejército y tenían mayor grado de aceptación en Washington que Carranza. Fue entonces cuando surgió el Estado mexicano posrevolucionario. Aunque unos como subordinados y otros como dirigentes, todos los principales grupos que habían hecho la Revolución pasaron a formar parte del nuevo Estado.

©  2010